

# vía cuarenta

Revista de Investigación, Arte y Cultura  
ISSN 0123-4854 Depósito legal No.410 / Número 35 y 36 segundo semestre 2022



**Biblioteca Piloto del Caribe**  
Barranquilla - Colombia





**¡TRANSFORMAMOS CON CULTURA!**



## viacuarenta

Revista de investigación, arte y cultura

Una publicación de la  
Corporación Luis Eduardo Nieto Arteta  
ISSN 0123-4854 - Depósito Legal No. 410

### Sede

**Biblioteca Piloto del Caribe**  
Vía 40 No. 36-135 - Tel.: 379 2949  
Barranquilla, Colombia, Suramérica.  
E-mail: [revistaviacuarenta@clena.org](mailto:revistaviacuarenta@clena.org)  
viacuarenta online:  
<http://bibliotecapilotodelcaribe.com/revista-viacuarenta/>



### Director - Editor

Miguel Iriarte

### Comité Editorial

Tallulah Flores / Carlos Barraza  
Patricia Iriarte / Álvaro Suescún  
Clinton Ramírez

### Colaboran en este número

Patricia Iriarte / Andrea Juliana Enciso  
Guillermo Tedio / Boris Oyola  
Eleucilio Niebles / Adalberto Bolaño Sandoval  
Yidi Páez Casadiegos / Tita Cepeda  
Blas Zúbiria Mutis / Matilde Eljach  
Javier Ortiz Cassiani / Weilder Guerra Curbelo  
Rómulo Bustos / David Lara Ramos  
Jorge Nieves Oviedo

### Portada

Camilo Cardona / Miguel Iriarte

### Ilustraciones interiores

Muriel Angulo, de su obra  
"Yo soy la loba blanca".

### Diseño y Diagramación

Camilo Cardona

**CADA AUTOR ES RESPONSABLE DE  
SUS OPINIONES**

# CONTENIDO

Editorial	3
Celia ya no se pudrirá en el olvido	4
Prólogo a la nueva Celia	6
Entropía y conciencia narrativa en Celia se pudre	10
Cuatro textos de Boris Oyola	36
Sobre los cuentos de Boris Oyola	39
El aedo y el rapsoda. De la polis a la democracia	42
Meira Delmar. De la familia recordada al linaje histórico	50
Tita Cepeda Recuerda a Meira Delmar	60
PoeMaRío 2022 Muestra de Ganadores VII Mesa de Jóvenes "Jorge García Usta"	62
Muriel Angulo. Declaración de principios	68
Ibarako de la ópera "Benkos"	71
Aimé Césaire y Frantz Fanon. Intelectuales universales desde el Caribe	77



Ruta, evocación y canto; reclamación y grito en la poética de Jorge Artel	90
La rebelión de los genes: El mestizaje americano en la sociedad futura	100
Destino del muntú	101
Una misa para Rafael Cassiani	103
Con amigos se administra el hambre	112
Una pregunta para Escalona	115
La Casa en el Aire	122
Algunos dilemas inevitables en las éticas y estéticas de nuestro tiempo	126
Reseñas de Autores	132



# EDITORIAL

Este número especial de la revista **víacuarenta** intentó ser en un comienzo una edición no monográfica para romper con lo que se nos ha convertido en una tendencia editorial que nunca pretendió ser una camisa de fuerza.

En efecto, luego de números como los dedicados enteramente a Luis Eduardo Nieto Arteta, Alberto Assa, Hans Federico Neuman, a la crónica en el Caribe colombiano, las tres antologías de memorias de PoeMaRío y las dos del cuento en el Caribe colombiano, así como el número especial de los 100 años del edificio patrimonial de la Aduana de Barranquilla, quisimos hacer entonces un número con materiales diversos, conectados quizá, pero interdependientes. Sin embargo tenemos que admitir que en el proceso de la organización de los materiales nos fue resultando este número que no es propiamente monográfico pero que está girando sobre cinco ejes temáticos que determinan sendos cuadernos que consideramos pueden ser de especial interés para nuestros lectores.

El primero de ellos lo provoca una portada dedicada al acontecimiento editorial y literario que constituye la reedición en cuatro tomos de la gran novela colombiana *Celia se pudre* del maestro Héctor Rojas Herazo, nuestro Ulises del Caribe, que realizó la Fundación Iriartes para rescatar de cierta indiferencia esta obra capital de nuestra literatura. Este contiene una nota de su editora Patricia Iriarte; también el prólogo a esta nueva edición que firma la poeta y ensayista Andrea Juliana Enciso y un extraordinario abordaje ensayístico del maestro Guillermo Tedio.

En segundo lugar, hemos insertado noticias de un interesante libro recientemente publicado por el narrador soledense Boris Oyola con cuatro microrelatos seleccionados y un texto del profesor y semiólogo Eleucilio Niebles que le sirve de prólogo.

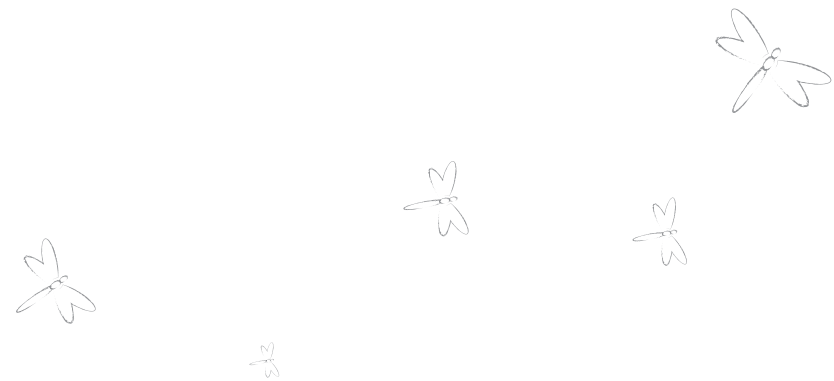
En tercer lugar encontrará el lector un ensayo del filósofo y médico Yidi Páez Casadiegos sobre el drama del paso del aeda al rapsoda en la poesía griega clásica,

le sigue un ensayo de Adalberto Bolaño Sandoval sobre la poesía de Meira Delmar y también una breve nota entrañable de Tita Cepeda sobre nuestra poetisa barranquillera. Cierra esta parte una breve muestra de los poetas ganadores del primer, segundo, tercer premio y primera y segunda mención del VII Concurso de Poesía Mesa de Jóvenes Jorge García Usta, firmados por María del Castillo Sucerquia, Luiggi Barake, Diego Preciado, Carmen Alicia Pérez y Carlos Pérez Vertel.

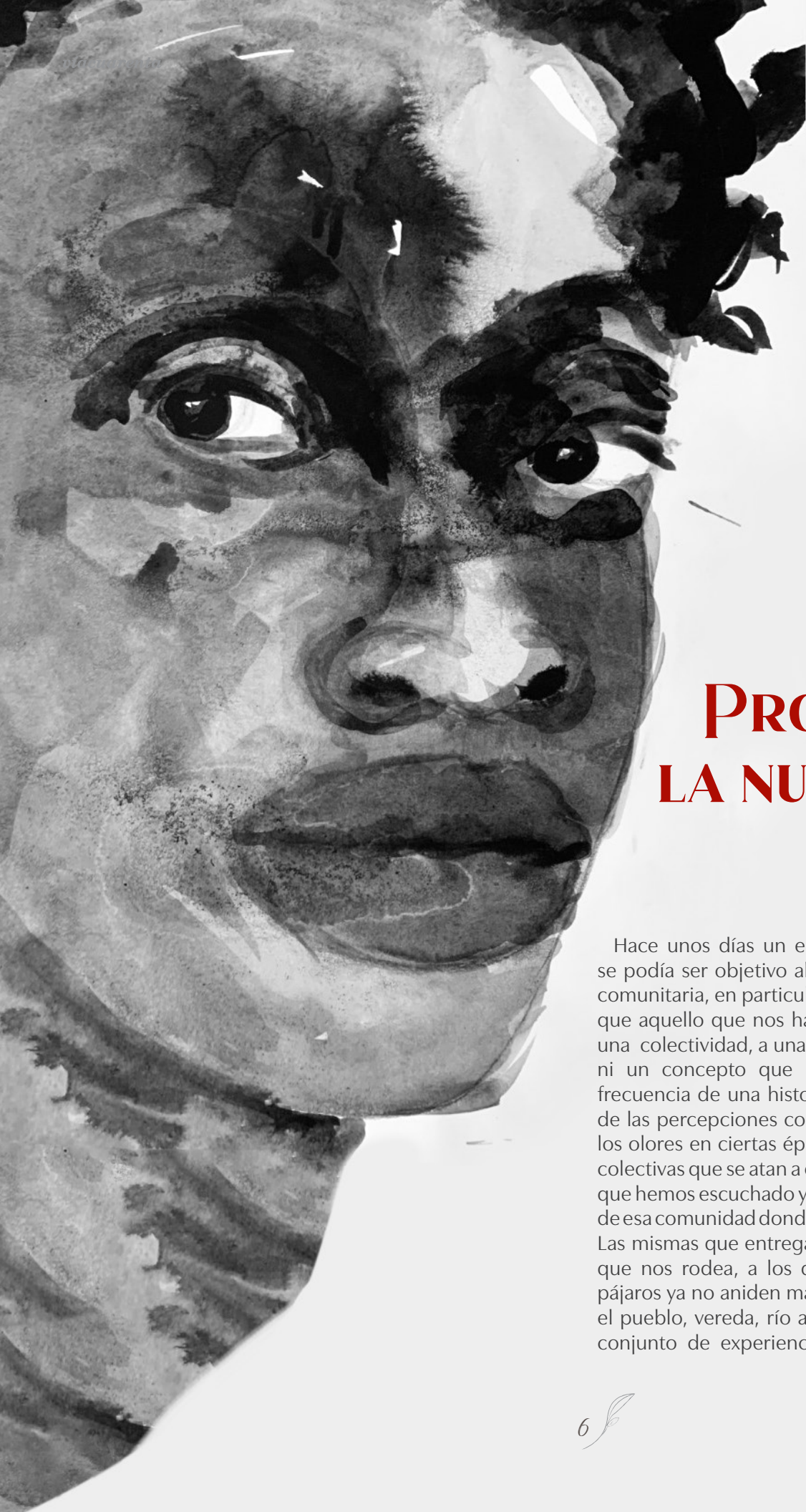
Le sigue en su orden un interesante dossier de cultura negra y mestiza matizada de ensayo histórico y sociológico, plástico, literario, poético y musical que abre con un mosaico de rostros negros pertenecientes a la muestra de la artista cartagenera Muriel Angulo, titulada *Yo soy la loba blanca* extraordinario trabajo de profundo simbolismo de millones de rostros de anónimos negros esclavizados, y que ella nos ha permitido utilizar en esta edición como imágenes de un relato paralelo en el cuerpo de toda la revista. Continúa en este dossier la partitura de una pieza perteneciente a la ópera *Benkos* del maestro Jorge Fadul Rosa; un ensayo sobre Aimee Cesaire y Franz Fannon que firma el sociólogo y poeta Blas Zubiría Mutis; un ensayo sobre el poeta Jorge Artel de la también poeta y socióloga Matilde Eljach; un breve artículo del investigador e historiador Javier Ortiz Cassiani sobre la amistad solidaria entre Manuel Zapata Olivella, Gabriel García Márquez y Nereo López; y una crónica del periodista David Lara Ramos sobre el velorio del legendario músico palenquero Rafael Cassiani.

Y cierran la revista tres interesantes materiales también relacionados: un artículo del antropólogo Weilder Guerra Curbelo sobre una conversación suya con el maestro Rafael Escalona, seguido de un poema titulado *La Casa en el aire* del poeta Rómulo Bustos Aguirre y un artículo del investigador Jorge Nieves Oviedo sobre algunos dilemas inevitables en las éticas y estéticas de nuestro tiempo.

Buena suerte, queridos lectores!







## PRÓLOGO A LA NUEVA CELIA

**Andrea Juliana Enciso**

Hace unos días un estudiante me preguntaba si se podía ser objetivo al hablar sobre la experiencia comunitaria, en particular de la nacional. Y pensé en que aquello que nos hace pertenecer a un lugar, a una colectividad, a una generación, no es un objeto ni un concepto que pueda medirse. Viene con frecuencia de una historia contada, de los sabores, de las percepciones compartidas sobre los árboles, los olores en ciertas épocas del año y las memorias colectivas que se atan a ellos. También de las historias que hemos escuchado y heredamos de los miembros de esa comunidad donde hasta la amargura es grupal. Las mismas que entregaremos a la gente más joven que nos rodea, a los que nacerán cuando ciertos pájaros ya no aniden más en los cables de la ciudad, el pueblo, vereda, río al que nos remitimos. En ese conjunto de experiencias transmitidas tejemos lo

que definimos como realidad e historia. Aunque haya realidades que, por convicciones filosóficas de poder, se hacen subalternas. Se transforman en los relatos que son rescatados por otros lectores y lectoras décadas, siglos después, como parte de una experiencia colectiva que merece ser escuchada. Ese sería el caso de *Celia se pudre* de Héctor Rojas Herazo, y de esta reedición en cuatro tomos, que según el criterio de la editora Patricia Iriarte facilitará el porte y la lectura de la novela.

Las obras tienen mucho que ver con la vida de sus autores. Al menos, las experiencias sobre las cuales crecen las preguntas intelectuales de las que surge la obsesión creadora. Periodista, ensayista, pintor, poeta, crítico literario, Rojas Herazo fue la semblanza del ideal del humanista latinoamericano de la primera mitad del siglo XX tal como lo pensaba Martí y lo anhelaba Rodó.

Nace en Tolú, Sucre, un 12 de agosto del 1921 en medio de un aguacero torrencial, según las memorias de su familia. Aprende sus primeros relatos épicos de la voz de su abuela Amalia y su tía Tulia. Crece con el sentido de las historias de genealogías de hombres que van a la guerra y de mujeres que organizan las historias de otros pueblos sentadas en sus patios, así como las genealogías de los que se lanzan al mar en busca de los tesoros que los dioses han creado para tentar a la humanidad. Se muda a Cartagena en la adolescencia y a la edad de 17 años toma la decisión de volverse autodidacta. Vive en Cali, Cartagena, Barranquilla y Bogotá, donde ejercerá el periodismo y la pintura como oficios hermanos. Será también un patriarca con un matrimonio de 53 años con Rosa Isabel Barbosa y tendrá cinco hijos.

*En noviembre llega el arzobispo*, su segunda novela de la trilogía de Cedrón, al lado de *La Hojarasca*, de Gabriel García Márquez y *La casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio, es una de las novelas que introduce la modernidad narrativa en Colombia. Focalizaciones diversas dentro de una obra, flujos de conciencia, el uso de las técnicas del cine dentro de la construcción de los dispositivos narrativos, la experimentación con la puntuación, el potencial del lenguaje cotidiano y su ritmo dentro del espacio impreso, así como la ruptura de la idea de un tiempo lineal, son algunos de sus aportes a la literatura tal como la concebimos hoy en Colombia.

Sin embargo, podría decirse que en *En noviembre llega el arzobispo* no es la obra máxima de Rojas Herazo. Jorge García Usta, en su prólogo a la segunda edición de *Celia se pudre*, dice:

Celia es la culminación eminente de una obra estética pensada, vivida y madurada a lo largo de cincuenta años de intenso trabajo creativo, de reflexiones sobre la historia y los hombres colombianos, contra un medio menudo y desarmado (...) expone de forma sucesiva su idea de la historia, su nueva y final utilización del mito, su noción burlona del progreso, la pedagogía de su sarcasmo, su problemática concepción de los valores y los destinos humanos (XXIX).

Con *Celia se pudre* su propuesta de la novela como un mural americano cobra toda su fuerza: con una prosa caudalosa, material, fragmentada, ajena a la utilidad de la trama, el libro es un llamado a explorar la multiplicidad colombiana desde el pensamiento material, corpóreo del Caribe. En esta colosal imagen-pensamiento, Rojas Herazo diluye el tiempo como línea estructural de la narración. En contraposición, bien puede percibirse como un tapiz de hilos existenciales, con tramas del Caribe y Bogotá, sobre experiencias que huyen a la filosofía como una actividad frígida de una mente atrapada en un sujeto. Es la consolidación de un proceso artístico e intelectual en el que la alteridad del autor como caribeño frente al proyecto nacional ha sido refinada al máximo, así como su contribución al pensamiento y a la historia intelectual.

La novela sería el contrapunteo en un tiempo rizomático entre Anselmo, el nieto burócrata de Celia que vive en la capital; Celia anciana y luego fantasma, que sería el personaje eje de toda la trilogía, y el pueblo en sí, que es recreado en las historias de sus habitantes hasta su desaparición por el progreso. Barroca y polifónica, se plantea al lector como una experiencia de construcción compartida que adquiere la noción de totalidad a partir de los sentidos y la memoria.

En Rojas Herazo la experiencia no es objetiva ni rectilínea. Tampoco plantea llegar a un conocimiento trascendental, progresivo como pasaría con los héroes y las heroínas de la novela europea del siglo XX. *Celia* es más bien un tejido de relatos sobre vidas



afectadas por el sol, el salitre, el odio traducido en la ruina de las casas cerca al mar. Es la descripción de momentos donde los cuerpos sienten lascivia e ira con las postales de mujeres desnudas y se contentan con una afeitada antes de entrar a la oficina y mezclarse con una multitud de hombres grises. No habría un relato homogéneo en este collage sobre la experiencia colombiana de la primera mitad del siglo XX. La propuesta de Rojas Herazo rompe en pedacitos la imposición fundacional de un país orientado por la razón que copia la modernidad europea con el acento ascético del catolicismo de la contrarreforma española. A diferencia de Macondo, que hizo su lugar en el mundo editorial con la ruralización y la exotización latinoamericana, en Cedrón la ciudad y el campo existen paralelamente. Las dos racionalidades conviven y se alimentan. No se sabe que es sueño o que es realidad, pues los dos planos tienen efectos sobre la Historia.

Anselmo es un Sam Lowry, el personaje de la icónica película de Terry Gilliam, *Brazil* (1985), en su versión Caribe (debe ser que en el fondo no hay persona que viva en las ciudades que no añore la libertad fuera del plano triste de la alienación a un computador). Su diferencia es que su sueño no está en el cielo o en un lugar verde por conocer. Su imaginación lo conduce a ver las ruinas, oler el patio y estar junto a su abuela que fuma calillas traídas de Ambalema. En este mundo donde hay varias realidades, el territorio mítico y el del sueño no son circulares, sino que estarían a horas de viaje desde los Andes al Caribe. Estarían en la memoria de los dedos. En diálogo con las preocupaciones de los intelectuales latinoamericanos de su tiempo, Celia es una crítica a la imposición del paradigma de lo moderno y el progreso con su consecuente idea sobre la realidad "real" y sobre quiénes y cómo deben ser incluidos en ella.

Su aporte es la inclusión del Otro y lo Otro en el sentir-pensar de las narraciones nacionales en el siglo XX. Alteridad no solo en nombrar lo diferente y distante al sujeto de la reflexión y la escritura, sino la insubordinación que su novela ofrece a la definición soporífera de la realidad plana, ascética y sin cuerpo. En *Celia se pudre* la realidad no es la historia que se pasa de una generación a otra como folios en ascenso al infinito, sino una imagen donde los sustratos del recuerdo, la fantasía y el evento están intercalados para dar la sensación de la multiplicidad en la experiencia

de lo material. Allí, junto a la mecedora, el tiempo no se piensa, se siente. El mundo no se explica con ideas sino con pesares. El cuerpo afectado, sudado, envejecido, adolorido; el cuerpo que huele y puede reconocer entre el cucayo, el orín y el olor de la anilina es la medida de los alcances de esta narrativa. En Cedrón la existencia humana es la acumulación de lo que se pudre, la permanencia de todo lo que dura en su desgaste. Como dice Celia: "Todo podrido, perdido; nada ni nadie después de tus lluvias y veranos, nada. Ni recuerdos siquiera, porque también se pudren ¡Ay que gastadera de sentidos, Dios mío!" El libro mira con desconfianza la utopía del progreso desde la lentitud del desgaste. Ante la corrosión y podredumbre no puede haber filosofía trascendental, porque el desgaste de los elementos naturales elimina cualquier pretensión de existencia más allá de un tiempo lineal: el lamento de Celia. En este universo se quedan los muertos mirando al pueblo desde la ventana de su casa. Lo espectral, lo fantástico y lo cotidiano viven en el mismo sustrato de la existencia que excede lo cartesiano. Cedrón sería el lugar donde la simultaneidad de tiempos y los estratos de la decepción explicarían la inmanencia colectiva de un pueblo. Ahí es donde esta novela nos recuerda el vínculo que tenemos con el Gran Caribe respecto a las experiencias de pensamiento colectivas.

*Celia se pudre* es profundamente cercana a las visiones filosóficas de Aimé Césaire, Edouard Glissant y Derek Walcott. Los tres pensadores plantean que el lugar de enunciación del Caribe surge de la desconfianza ante la utopía del avance, la resignación al destino y a la naturaleza como la gran fuerza que define la ausencia de cualquier pretensión progresista e individual. Para ellos el Caribe es el lugar histórico, económico, cultural y temporal donde la modernidad dio sus frutos más provechosos para Europa con la institución de la plantación y el tráfico global de bienes y vidas humanas. Es el lugar donde la violencia colonial también aprendió sus formas tanto en el mestizaje como la imposición de la máscara blanca en el deber social y político en sociedades profundamente racistas, aun en su sincretismo. El Caribe es el lugar donde la utopía del más adelante, del futuro, de la brillantez de la Modernidad, ha venido a mostrar la amplitud de su fracaso. Por ese motivo, los hombres y las mujeres del Caribe son seres que buscan la belleza en mitad de la ruina; los que saben que la derrota y la lentitud son su resistencia a la dominación colonial, eurocéntrica, cuando viven ese

hoy como un mañana que será derruido por el calor, el óxido y el monte.

Para Glissant, en este espacio donde la derrota, la pobreza, la desigualdad y la decepción son las normas de la vida cotidiana, la solidaridad surgiría de la posibilidad de crear narrativas particulares, locales, que hablen de esos fracasos como un eje de narración de la existencia fuera del éxito y los universalismos abstractos eurocéntricos. *Celia* es el registro de los fracasados, de los que se quedaron esperando un cambio que nunca llegó, de todo aquello que se ha omitido cuando se ha narrado en español bogotano la genialidad y la grandeza de Colombia como esa patria para pocos donde la gran mayoría de su gente es invisible. Publicar esta novela es un acto de inclusión y de ensanchamiento del relato nacional. Leerla es un ejercicio lento, por las semanas de solidaridad que ella reclama. Solidaridad con esas otras experiencias de vida que hacen Colombia pero no pasan por las noticias. Solidaridad con las historias que muchas de nosotras escuchamos de las tías sobre los patios y la grandeza ida. Solidaridad con el pasado familiar del que tenemos los ecos y solo quedan las cicatrices de una finca, una tierra que nuestros abuelos y abuelas callaron y dejaron atrás en nombre de una mejor vida, o una al menos donde sus hijos estuvieran con vida. Es una acción de reparación histórica al incluir en nuestros repertorios de lectura la pluriculturalidad filosófica y la alteridad Caribe dentro del archivo de lo que consideramos las comunidades nacionales.

Volviendo a la pregunta de mi estudiante, ahora me digo que debería haberle recomendado la novela... Y no, no creo que la historia de una comunidad pueda ser objetiva y me alegra que así sea. Lo literario sucede cuando varias realidades se superponen y trascienden lo meramente representativo y aparecen los eventos, las personas, objetos, animales y plantas y nos llaman desde su multiplicidad por nuestro nombre. *Celia se pudre* en ese sentido es una novela que me llama y me recuerda que pertenezco al Caribe y a las otras partes del país que tienen cierto tipo de luz, la sensación térmica en la cara a las cinco de la tarde. Es una invitación para recobrar el cuerpo con el que narramos el pensamiento sobre lo colombiano. Una experiencia de varios meses o semanas, según el lector, para recorrer ese territorio emocional, intergeneracional que habita en la respiración de una bestia mansa o la tierra apisonada de los patios y calles del mundo de Rojas Herazo.

